



La camisa de nylon

Victoria Armesto

Publicado en *La Voz de Galicia* el 9 de octubre de 1991

A principios de mes asistimos en La Toja a la boda de Isabel, hija de Pitusa y de Máximo Jorge Sanz, que se casó en la capilla de las Conchas con un hijo de los condes de Pardo Bazán. Al regreso, Felipe dijo que quería pasar por Villanueva de Arosa (yo sigo llamándole así porque lo de Arousa me suena fatal) para visitar la casa de Julio Camba.

Resulta que cuando Miguel Utrillo organizó en Madrid una colecta para comprar y reformar la casa del famoso escritor, o de los famosos porque también fue la de su hermano Francisco, Assía había dado 25.000 pesetas que, para la época, era una barbaridad de dinero, así quería ver cómo habían quedado las obras.

Tras alcanzar la villa y preguntar a un par de personas a las que obviamente el nombre de Camba no les decía nada, alguien nos dirigió hacia el edificio que forma parte de esa bella arquitectura de casas de piedra de cuya progresiva desaparición me lamentaba en un artículo anterior dedicado también a la suerte de los perros en la Galicia rural. Ahora la casa que fue de los Camba está convertida en biblioteca municipal. Felipe se quedó muy tranquilo advirtiendo el buen fin de sus 25.000 pesetas y no pudimos entrar dentro porque era domingo y la casa estaba cerrada. Un vistazo a través de una ventana no me dejó ver libros pero sí ver una especie de contenedor rebosante de papeles y de cosas viejas, incluso por ahí andaba algún bote o botella de coca-cola.

Como en los pueblos todo enseguida despierta curiosidad pronto apareció una señora que resultó ser pariente de los Camba a la que pregunté por la especie de contenedor de basura y me tranquilizó respecto a que la casa era, en verdad, sede de una biblioteca y los papeles y restos se debían a que en el bajo celebraba sus reuniones una asociación vecinal.

Ya de regreso, y tras haber contemplado el marco de lo que fue su niñez, la memoria de Julio Camba iba con nosotros.

A pesar de la diferencia de edad que les separaba, Julio Camba y Felipe fueron grandes amigos y, como ocurrió en el caso de Eugenio Montes, coincidieron muchas veces en el extranjero, principalmente en Londres y Berlín. Julio Camba era un gran viajero y sus crónicas leídas hoy, como ocurre con "Las aventuras de un peseta", constituyen una delicia. Se trata de un ejercicio altamente recomendable para aspirantes a periodistas.

Conocí a Julio Camba en el año 1950 poco antes de trasladarme a los Estados Unidos, tras mi matrimonio con Augusto Assía. Camba, que no tenía casa propia, se alojaba en el Palace donde le cedían, semi gratuitamente, una habitación en la que nunca permitió que nadie entrara para reformarla después de que en el Palace cambiaran por completo la antigua decoración. Así que la habitación de don Julio conservaba el encanto elegante y nostálgico de la primera etapa del Palace. El escritor, cuya prosa tan jugosa parece tan sencilla, escribía con muchísima dificultad. Pulía sus artículos como si fueran brillantes.



Al revés que Montes, cuya facilidad para escribir como para hablar contrastaba con el barroquismo de su lenguaje, el perfeccionismo de Camba era un fruto muy elaborado. Felipe me ha contado que muchas veces, cuando subía a su cuarto, ya al mediodía, para llevarlo a comer en un restaurante se encontraba a Camba todavía en la cama (como Valle Inclán escribía muchas veces acostado) y toda la habitación del Palace cubierta de cuartillas desechadas a medio escribir, era como si un gran viento esparciera los papeles por todo el cuarto, era algo visualmente similar a una gran nevada.

Tras conocerle le dije muy cortésmente:

-Don Julio, nos vamos a Nueva York. ¿Quiere usted algo de allí?-

Me miró con aquellos ojillos tan inteligentes, meditó un momento y al fin dijo:

-Pues sí, ya que son ustedes tan amables, creo que me gustaría tener una camisa de nylon.-

Estoy hablando del lejano 1950. Julio Camba, que era lo más parecido posible a un filósofo estoico, me parecía la persona menos proclive para rendirse ante las veleidades de una nueva moda, sin embargo, pensé que, dadas sus condiciones particulares de vida, quizá una camisa que pudiera lavarse y colgarse en el cuarto de baño sin necesidad de planchar, le resolviera algún que otro problema.

Así que me visualizo en retrospectiva por la Quinta Avenida de Nueva York buscando en un almacén la camisa para don Julio Camba. Ni antes ni ahora he logrado manejarme satisfactoriamente por esos grandes zocos de la vida moderna y en América tenía la dificultad añadida del idioma y de no saber cuáles serían las medidas idóneas de la prenda. Finalmente compré una de las mejores camisas y, por correo aéreo, fue enviada al Palace de Madrid.

Pasó algún tiempo y al cabo recibimos una carta de Julio Camba, que espero se conserve en alguna carpeta salvada de la acción devoradora y destructora del tiempo, en la que daba cuenta de la llegada de la camisa, de la amabilidad del envío y del hecho que pareciendo tan bella dentro del papel de celofán había decidido no usarla y conservarla tal cual como simple ornato de su habitación.

La respuesta me hizo muchísima gracia. Al fin -pensé- el hombre feliz, según nos asegura la vieja leyenda, no tenía camisa.